

Fray Servando y el abate Grégoire

Dos ilustrados rebeldes

Margarita Peña

La extraordinaria vida de fray Servando Teresa de Mier sirve a la escritora Margarita Peña como pretexto para dibujar un esbozo histórico y una reflexión de la vida del intelectual y sus coincidencias con el abate Grégoire.

La *Historia de la revolución de la Nueva España* de fray Servando Teresa de Mier, en edición crítica preparada por André Saint-Lu y Marie Cécile Bénassy-Berling,¹ da cuenta en su sección bibliográfica² de una obra que he podido consultar recientemente en una biblioteca francesa. Se trata de la traducción al francés de la *Brevísima destrucción de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas, que, editada por Juan Antonio Llorente con el título general de *Oeuvres*, se publicó en dos tomos en París el año de 1822. A la novedad que significa ver traducido al francés al polémico Las Casas en la Francia posrevolucionaria, se suma el hecho de que el segundo tomo de la obra incluye un largo “Discurso” del abate Henri Grégoire, de 1804, así como una carta de fray Servando Teresa de Mier al abate redactada en 1806. Si sumamos la polémica personalidad de Las Casas a la modernidad religiosa del abate Grégoire —partidario del jansenismo, ideólogo del movimiento revolucionario,

participante en los Estados Generales, en la Asamblea Nacional; considerado por algunos regicida en la medida en que sancionó la muerte de Luis XVI, tenido por lo que ahora se consideraría un “cura rojo”—,³ con la turbulenta figura de fray Servando. Y si además, añadimos a las personalidades de Las Casas, Grégoire y Mier, al editor, Llorente, autor de una *Historia de la Inquisición Española* que en su momento armó revuelo, tenemos un volumen que en sí es una especie de bomba, atenuada tan sólo por el discurso de un eclesiástico español conservador, Gregorio Funes, que establece con los autores anteriores el contrapunto necesario.

No es mi propósito en esta ocasión referirme a los textos de Mier y del abate Grégoire en dicha edición, que requerirían de un cotejo y análisis detenidos, sino tan sólo aproximarme a las huellas de fray Servando en la Francia, a la que llega en 1801, sacudida por los aires revolucionarios, la sangrienta contienda política y la guillotina, asomándome, de paso, a ese personaje singular que fue el abate Grégoire. Empecemos por el mexicano fray Servando.

¹ Fray Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de la Nueva España, antiguamente Anáhuac o Verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente de 1813*, edición, introducción y notas de André Saint-Lu y Marie Cécile Bénassy-Berling, coordinación *et al.*, presentación de David A. Brading, Publications de la Sorbonne, París, 1990, 690 pp.

² *Ibidem*, p. CXXIII.

³ De acuerdo con Christopher Domínguez Michael, *Vida de Fray Servando Teresa de Mier*, ERA-CONACULTA-INAH, México, 2004, p. 181.



Francisco de Goya, *No se puede mirar*

De la Introducción a la *Historia de la revolución de la Nueva España...*, en la mencionada edición moderna de Saint-Lu y Bénassy extraemos una síntesis biográfica básica, que reproducimos hasta el punto en que nuestro autor-personaje toca el suelo de Inglaterra. La biografía abreviada empieza diciendo:

José Servando de Santa Teresa de Mier, Noriega y Guerra, Buentello e Iglesias (...) pertenecía no a la aristocracia, como le gustaba repetir, sino a la gran burguesía. Su abuelo paterno, Francisco de Mier y Guerra nacido en (...) Asturias era escribano público en Monterrey, Nuevo León. Su padre, Joaquín de Mier y Noriega, fue gobernador interino de la misma provincia, después de haber sido regidor y alcalde ordinario(...) Los Mier tenían también parientes influyentes en la capital: don Juan de Mier y Vilar, canónigo de la Catedral y rector de la Inquisición, y don Cosme Mier y Trespalacios, primer oidor y regente de la audiencia, emparentado con la alta aristocracia de la Nueva España gracias a su breve unión con la hija del conde de Santiago.⁴

Es decir, nuestro autor contaba con una genealogía hasta cierto punto ilustre. Continúan los editores modernos de la obra:

En cuanto a José Servando, nació en Monterrey en 1763 [según Edmundo O’Gorman; según Miquel y Vergés, en

⁴ *Historia de la revolución de la Nueva España*, p. XIV.

1765], y allí hizo sus primeros estudios. En 1780, a los diecisiete años, acaso como consecuencia de una vocación forzada,⁵ ingresa en el convento de los dominicos de México y luego en el colegio de Porta Coeli, donde estudia filosofía y teología y recibe el título de doctor en teología. De vuelta al convento, en calidad de profesor de filosofía, se hace célebre como predicador, sobre todo gracias a la oración fúnebre de Hernán Cortés pronunciada el 8 de noviembre de 1794...⁶

De acuerdo con David Brading en *Los orígenes del nacionalismo mexicano* (citado en la Introducción), la expresión “oración fúnebre” está tomada de la *Gaceta de México*, VI, p. 39. Podemos suponer que el radicalismo antimonárquico de fray Servando debe haber hecho de tal oración, más que un elogio fúnebre, una diatriba. Continuemos con lo biográfico:

Y es precisamente esa actividad [la de orador polémico] la que había de determinar definitivamente su destino. Un mes más tarde, el 12 de diciembre, pronuncia en la Colegiata de Guadalupe su célebre sermón en el que rechazaba la tradición generalmente aceptada sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe. Además de escandalizar a los devotos, este sermón fue la causa de todas sus desdichas.⁷

⁵ Los biógrafos remiten, para sustentar la suposición, al *Manifiesto apologético*, p. 39.

⁶ *Loc. cit.*

⁷ *Loc. cit.*

Francisco de Goya, *También esto*

Y podemos suponer también su desarrollo intelectual, su apertura al mundo y al espectáculo de la Francia posrevolucionaria, las Cortes de Cádiz, los laberintos del Vaticano, la Batalla de Trafalgar; andanzas y vivencias que lo pusieron en contacto con personajes como el derrochador y protector conde de Gijón, pero le rocon el que viaja por Burdeos; Simón Rodríguez (o Samuel Robinson) un verdadero amigo, y el abate Grégoire en Francia; Carlos Blanco White en Inglaterra con rabinos que intentaron convertirlo en Bayona y rabinos que él convirtió en Portugal. Valga la digresión y sigamos con el prólogo a la *Historia de la revolución de la Nueva España...* y el inicio de las desventuras del fraile:

El 2 de enero de 1795, por orden del arzobispo Alonso Núñez de Haro y Peralta, es encerrado en su celda del convento de Santo Domingo y se inicia un proceso. El 21 de febrero, dos canónigos criollos, José Patricio de Uribe y Manuel de Omaña, presentan un informe que condena el sermón. El 21 de marzo, el arzobispo condena a Mier a diez años de exilio con reclusión en el convento de los dominicos de Nuestra Señora de las Caldas, diócesis de Santander; se le prohíbe con carácter irrevocable, enseñar, como profesor, como religioso, o como confesor; se le retira el título de doctor...⁸

Y sigue una curiosa cita tomada de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia*

⁸ *Loc. cit.*

de Hernández y Dávalos sobre que la razón de esta condena era “contener su espíritu orgulloso (de fray Servando) y propenso a la inflación y a novedades perniciosas”.⁹ Como era de esperar, tras la susodicha condena y la promulgación del edicto, Mier fue abandonado por familia y amigos. La Inquisición se abstiene de intervenir gracias a la posible influencia de su tío, Juan Mier y Vilar y, añaden los prologuistas, “desde entonces su vida no iba a ser más que una serie interminable de tumbos y prisiones. Comienza [en Cádiz, 1795] el periodo europeo de su vida”. Se le recluye en el convento de Santo Domingo, de donde intenta fugarse, entre otras cosas, por las ratas, el frío y la tosquedad de los dominicos españoles, poco cultos. Lo trasladan al convento de San Pablo en Burgos, en donde se queda hasta 1796. Por una recomendación del prior del convento a Jovellanos, entonces ministro, vuelve a Cádiz y en 1797 está en Madrid, donde presenta su caso ante la Academia de la Historia, la cual también había negado la autenticidad de la aparición de la Virgen de Guadalupe, lo que exculpaba a Mier. Pero no logra la anulación del edicto del obispo Haro. Finalmente en 1801, tras otras dos evasiones entre Salamanca y Burgos, logra llegar a Francia. Arriba a Bayona un Viernes Santo; a lo largo de su estancia entabla relación con los rabinos de la sinagoga de Bayona, con los que discute teología y se gana su aprecio al punto de que le ofrecen casarlo con una joven judía. En medio de tantas vicisitudes, fray

⁹ *Loc. cit.*, nota 7.

Servando se da tiempo para traducir la novela *Atala* de Chateaubriand, que hacía furor por su ambiente americano, el que debió parecer a los franceses totalmente exótico. Escribe, asimismo, alguna disertación que le gana la protección del vicario mayor de París, quien le confía la parroquia de Santo Tomás de Aquino. Es entonces cuando conoce al abate Henri Grégoire, “líder del clero jansenista francés, que apoyaba la Constitución Civil del Clero”.¹⁰ Más tarde, cuando en 1802 se dirige a Roma para conseguir su secularización, Grégoire entregará a Mier cartas para el obispo de Pistoia, el obispo de Noli y otros jansenistas italianos. De este viaje resultará, según fray Servando, su secularización, la licencia para seguir oficiando según el rito de los dominicos, el nombramiento de protonotario apostólico y el derecho al título de “monseñor”. Nada de esto consta en documentos, de acuerdo con Saint-Lu y Bénassy. En 1803 está de nuevo en Madrid, en donde vuelve a sufrir por el frío y las chinches; luego en Sevilla, en el convento de los Toribios, al que en sus *Memorias*, califica de “la más bárbara de las instituciones sarracénicas de España”.¹¹ Tras darse a la fuga y presenciar la batalla de Trafalgar, el 21 de octubre de 1805, se dirige a Portugal, en donde pasará “tres años de oscuro exilio”, se convierte en secretario del cónsul de España y es promovido, en 1807, por intercesión del Nuncio Apostólico, al cargo de prefecto doméstico de Su Santidad, como recompensa por haber convertido a dos rabinos. Pero no para aquí su trashumancia. Durante la invasión napoleónica en 1808, se alista en el batallón de Valencia como capellán militar para auxiliar a los soldados españoles presos por el general Junot. Fue el año de los atroces fusilamientos del 2 de mayo pintados por Goya, esa pintura que se ha vuelto emblemática de la masacre, del avasallamiento de los débiles por los fuertes. Hacia 1810 intenta ser nombrado diputado a las Cortes. Tras una “sesión borrascosa” en dichas Cortes el 15 de septiembre de 1811, herido en sus sentimientos por un documento injurioso contra los americanos, ingresa en una sociedad secreta, los “Caballeros Racionales” consagrada a luchar por la independencia de las colonias. De ahí a



Fray Servando Teresa de Mier

la creación de la Logia de Lautaro, en Buenos Aires, media sólo un paso, señalan los prologuistas y puntualizan: “Mier se cuida de hablar de ello en sus *Memorias*”.¹² Es decir su simpatía por la masonería. Es por estos años también (1811-1812) cuando, a petición de la esposa del virrey Iturrigaray, que deseaba proteger la fama del ex virrey, fray Servando empieza a escribir la *Historia de la revolución de la Nueva España...*, empresa en la que lo ayudan aportando documentos los diputados americanos Beye Cisneros, Foncerrada, Gordoia, Ramos Arizpe, Guridi y Alcocer. Dicen los prologuistas que

“muy probablemente [Beye] Cisneros, abogado de Iturrigaray (...) desempeñó un papel especialmente importante como patrocinador de esta actividad, proporcionándole a Mier no sólo informaciones sino fondos”.¹³

A este agitado periodo de la invasión napoleónica y un tanto menguado el fervor hispánico circunstancial de fray Servando, seguirán los años vividos en Londres (1811-1816), la época de la relación con Carlos Blanco White y una polémica subsecuente que nutre las *Cartas a un español*, así como la publicación de la *Historia de la revolución de la Nueva España...* “Es en Londres, y gracias a dicha obra [la *Historia de la revolución de la Nueva España...*]” apuntan Saint-Lu y Bénassy, “donde este aventurero, hasta entonces desconocido y un poco extravagante alcanza su dimensión de personaje político de primer plano. Es entonces cuando se convierte en el primer historiador de la Independencia mexicana y su ideólogo más original”.¹⁴ Y añaden:

Mier ha sobrepasado ya ampliamente la mitad de su vida —cincuenta años— cuando pone el punto final a la *Historia de la revolución de la Nueva España...* En tres años escribe tres obras de una fuerza polémica cada vez mayor; si las dos primeras, las *Cartas a un español*, aparecen como un esbozo, la tercera, la *Historia de la revolución de la Nueva España...*, a pesar de sus defectos constituye por su ambición, su erudición y su originalidad, una obra maestra...¹⁵

¹⁰ *Op. cit.*, p. xv.

¹¹ *Historia de la revolución de la Nueva España...*, p. xvi.

¹² *Ibidem*, p. xvii.

¹³ *Loc. cit.*

¹⁴ *Op. cit.*, p. xviii.

¹⁵ *Loc. cit.*

Mier la defendió de la censura hasta el fin de su vida. Esta acotación respecto al hecho de que la *Historia de la revolución de la Nueva España...* se redacta en la madurez, y a la intensa productividad de Mier en los años 1811-1816 nos llevan a la conclusión de que no podía haber escrito antes una obra relativa a una epopeya que estaba en gestación. Igualmente, nos recuerda a un Miguel Cervantes, que retoca, pule e imprime el grueso de su producción literaria en los últimos doce años de su vida, entre 1604 y 1616. En el caso de Cervantes, la cita con la muerte impidió que la obra continuara. En el caso de fray Servando, la escritura fue relativamente interferida por los acontecimientos posteriores al periodo europeo: el retorno a México en la expedición de Mina, la muerte trágica de éste y el apresamiento de Mier; la reclusión en las cárceles del Santo Oficio; luego La Habana y la huida a Norteamérica; el posterior regreso a la patria, los meses pasados en San Juan de Ulúa y, por fin, ya consumada la Independencia, el alojamiento en Palacio, ocupado entonces por el presidente Guadalupe Victoria, en donde enfermo de muerte, fray Servando recibe los santos óleos de manos del antiguo diputado a Cortes, Ramos Arizpe. Fallece el 3 de diciembre de 1827 y es enterrado en el convento de Santo Domingo.

Producto de la segunda época de incursión en territorio novohispano, prisiones subsecuentes y exilio en Norteamérica serán sus *Memorias*, el *Manifiesto apologético* y una *Memoria política-instructiva* redactada en Filadelfia.

Para David Brading, “Mier politizó las viejas obsesiones de los criollos y las convirtió en un *corpus* de ideas auténticamente mexicanas, muchas de las cuales llegaron a ser elementos esenciales del nacionalismo del país”.¹⁶ Por su parte, al referirse Bénassy a la *Historia de la revolución de la Nueva España...* y en concreto al lenguaje de Mier recalca que:

Dentro del aspecto disparatado de ese *corpus*, el vocabulario nos revela todo. Además de los galicismos de rigor en la época, se encuentran nombres indígenas, que él reivindica; formas castellanas arcaicas y el prurito de inventar una jerga revolucionaria y prerromántica. Es la triple identidad de Mier.¹⁷

Afirmó Bénassy, y añade que:

Muy creyente pero poco místico, Mier contribuyó a dar a conocer a Las Casas al abate Henri Grégoire. A su vez, la tradición galicana y jansenista cuyo principal representante era Grégoire, proporcionó al religioso mexicano aquello que más falta le hacía: la noción de que la rebeldía

contra las excomuniones abusivas era, efectivamente, una vuelta a una *ecclesia antiquior*; que el sentido latino y moderno de la palabra “revolución” podían ser coincidentes.¹⁸

Recordemos una vez más a Cervantes —un autor itinerante, como Mier, por los caminos de España, que hizo de su literatura el espejo del mundo— y las dos excomuniones injustas que recibió hacia 1588, por haberse enfrentado a la Iglesia —en cumplimiento de su obligación como Comisario Real de Abastos para la Armada Invencible—, concretamente a la Catedral de Sevilla. Ésta solía ocultar el trigo y el aceite que le entregaban los labriegos con la intención de salvarlos del decomiso. Oponerse a la Iglesia costó a Cervantes la excomunión. Es decir, desde siempre y en todas partes, como coacción y castigo, la Iglesia soltaba excomuniones a diestra y siniestra.

Respecto al abate Grégoire, su retrato —expresión inteligente, gesto amable, frente despejada— se puede ver reproducido en la página IX de la edición contemporánea de la *Historia de la revolución de la Nueva España...* a la que nos venimos refiriendo. Asimismo, la portada interior de la edición de 1813 (la primera) de la *Historia de la revolución de la Nueva España...* (tomo I, Imprenta de Guillermo Lindow / Calle de Rupert, Londres), firmada por “José Guerra”, doctor de la Universidad de México, lleva como dedicatoria a mano la siguiente:

A M. Grégoire ancien évêque de Blois
el autor
doctor don Servando Teresa de Mier, y Guerra.

Ostenta la portada dos *exlibris* de la Biblioteca Real y del Legado Grégoire, y figura en la p.133 (p. 5 de la *Historia de la revolución de la Nueva España...*) de la edición moderna de la *Historia de la revolución de la Nueva España...*

Por lo que toca a la síntesis biográfica del abate, se le ha llamado “cura de pueblo”, “sacerdote y ciudadano”, “ex-obispo de Blois”, etcétera. Hijo de un modesto sastre, nació cerca de Luneville el 4 de diciembre de 1750. Estudió en un colegio jesuita en Nancy y fue luego cura de Emberménil. Partidario de difundir la cultura entre sus feligreses, viajó mucho y conoció a miembros de otras religiones. Se sabe de sus contactos con un pastor protestante y en 1787 pronuncia un discurso de bienvenida al abrirse la sinagoga de Luneville. Participa en la vida intelectual de provincia y en 1783 es recibido en la Academia de Nancy; en la de Metz por su *Ensayo sobre la regeneración física y moral de los judíos*, traducido en Inglaterra poco después, en donde defendía

¹⁶ *Op. cit.*, p. VIII.

¹⁷ *Loc. cit.*

¹⁸ *Historia de la revolución de la Nueva España...*, p. IX.

con entusiasmo la causa de un pueblo marginado para el cual reclama la igualdad civil. Electo diputado en 1789 a los Estados Generales, rápidamente se dio a conocer por sus esfuerzos para atraer a otros religiosos al terreno reformista y unirlos al *Tiers État*, del cual era uno de los miembros más democráticos. Se dice que en 1789 presidió una sesión que duró sesenta y dos horas, en la que pronunció un vehemente discurso contra los enemigos de la Nación, justamente cuando el pueblo estaba tomando la Bastilla. Participó en la redacción de la Constitución Civil del Clero y fue considerado jefe de la Iglesia francesa constitucional.

En tres proposiciones de la Asamblea Constitutiva, que el abate Grégoire formuló se cuentan la abolición total de los privilegios (de la nobleza), la abolición del derecho de mayorazgo, la instauración del sufragio universal. Abogó por la causa de minoría como judíos y personas de color, multiplicando sus escritos sobre los negros y contribuyendo con su voto a lograr la primera abolición de la esclavitud. Ésta sería restablecida por Napoleón Bonaparte y abolida de nuevo hasta 1848. Tras la huida de Luis XVI a Varennes y el debate subsiguiente sobre la inviolabilidad de la persona del rey, Grégoire se pronunció abiertamente contra el monarca, pidiendo que fuera juzgado por una Convención.

Mucho se ha discutido sobre si estuvo o no de acuerdo con la pena de muerte para el rey. El caso es que existe un discurso escrito por el abate sobre el tema del regicidio de Luis XVI aunque se dice que no pudo haberlo votado porque él se encontraba a la sazón fuera de París, asistiendo a una reunión en Saboya. A lo largo de mi visita a la biblioteca mencionada solicité el texto. Se me contestó que la petición “estaba en curso” y, posteriormente, que el texto se hallaba “fuera de circulación”. Ignoro si esto último se debiera a una restauración del volumen, a una pérdida, o bien, a la decisión de no mostrarlo por lo comprometedor del asunto en relación con la personalidad religiosa del autor. Lo que es seguro, de acuerdo con los historiadores, es que al escribir pidiendo la condenación del rey, Grégoire no usó la palabra “muerte”.

Volviendo a la trayectoria del abate Grégoire, tan turbulenta en cierto sentido como la de fray Servando, durante un tiempo se dedicó a dirigir la diócesis de Blois, no pudiendo pertenecer a la Asamblea Legislativa por ser parte de la Asamblea Constitutiva. Fue el primer sacerdote que prestó juramento a la Constitución Civil del Clero, electo obispo constitucional por los Departamentos de Sarthe y Loir en 1791, más tarde diputado a la Convención Nacional, en la que subió a la tribuna para defender vigorosamente la abolición de la realeza. Se le atribuye en esa ocasión, 21 de septiembre de 1792, una frase memorable: “En el orden moral, los reyes son lo que los monstruos en el orden natural”.

Hombre de gran iniciativa, auxilió en la reorganización de la instrucción pública; fundó en 1794 el Conservatorio Nacional de Artes y Oficios, pugnó por la desaparición de los dialectos (el *patois*) y la universalización de la lengua francesa. Pese al régimen del terror instaurado por Robespierre, (durante el cual, según Frank Paul Bowman), quemó varios de sus propios escritos.¹⁹ Nunca dejó de asistir a la Convención y de condenar valientemente la descristianización registrada entre 1793 y 1794. Se opuso a que los sacerdotes dejaran el celibato. Pude, en lo personal, leer un Discurso sobre el tema en el que, en alguna parte, apunta que el matrimonio les impediría cumplir cabalmente con sus ocupaciones religiosas. Se dice que se paseaba por las calles de París con vestimenta de obispo y celebraba misa en su casa. Al caer Robespierre fue el primero en pedir que se reabrieran los lugares de culto. En el abate Grégoire tenemos a un hombre que propugna por los cambios en la sociedad que considera necesarios sin abjurar de sus votos religiosos. Defiende a los marginados y oprimidos (especialmente los esclavos negros); reivindica la educación, el idioma, la cultura y se opone a la indiferencia generada por la corrupción de la monarquía. En cuanto a lo íntimamente religioso, Grégoire crea, conjuntamente con otros obispos constitucionales y con laicos, la Sociedad Libre de Filosofía Cristiana, cuyo objetivo era retomar el estudio de la teología momentáneamente abandonado durante la Revolución, así como oponerse a la descristianización y la teofantropía que propugnaba por el culto a un “Ser Supremo”. En cuanto al galicanismo, implícito en lo anterior, se publicaron los *Annales de la religion*, periódico galicano, virulento, suprimido posteriormente por Napoleón. Grégoire contribuyó al mito del monasterio de Port Royal como sede intelectual de la resistencia al absolutismo de Luis XIV, publicando en 1801-1809 el libro *Las ruinas de Port Royal des Champs*, en el que exalta las virtudes de las religiosas jansenistas y de las Solitarias. No podemos detenernos en este asunto que dio lugar a una pugna protagonizada por jansenistas y jesuitas (estos últimos, poderosísimos, acudidos por el poderoso Père Lachaise, confesor de Luis XIV). Diremos tan sólo que el abate Grégoire fue lo más parecido a un teólogo de la liberación. Llegó a proponer la unión de las Iglesias rusa y latina, esforzándose en reorganizar la Iglesia constitucional con la celebración de dos concilios nacionales, en 1797 y 1801. Por su inalterable convicción republicana, el historiador Michelet lo calificó de “cabeza de hierro”. Conciencia de hierro, diríamos, que no se doblegó ante Napoleón, aunque fuera relegado a formar parte del senado desde donde con otros pocos senadores se opuso a la proclamación

¹⁹ Frank Paul Bowman, *L'Abbé Grégoire, évêque des lumières, "Lire la Révolution"*, Éditional France-Empire, Paris, p. 14.



Francisco de Goya, *El 2 de mayo de 1808 en Madrid: la lucha con los mamelucos*

del Imperio, a la creación de una nueva nobleza y al divorcio del emperador. Su *Historia de las sectas*, en dos volúmenes (1810) fue prohibida. Excluido de la función pública durante la Restauración, al elegirse diputado por Isérese atrajo la furia de los ultrarrealistas, que lo echaron de la Cámara de Diputados. Fue, asimismo, su republicanismo, la causa de que se le vetara el ingreso a la Academia Francesa. Habiéndosele denegado una pensión, se vio obligado incluso a vender su biblioteca para subsistir. Murió en París, en lo que hoy es el número 44 de Boulevard Raspail, esa entrañable avenida por la que actualmente un autobús nos conduce desde Boulevard Saint-Germain hasta Montparnasse, cruzando el dédalo de calles que han visto tanta historia.

El tiempo del abate Grégoire había pasado. Sobrevivió al Terror y a Robespierre, no logró sobrevivir a Napoleón y su ministro Fouché. Al momento de morir, el obispo de París, Monsieur Quélen, se negó a darle los santos óleos, a menos que renunciara al juramento de la Constitución Civil del Clero, a lo que por supuesto Grégoire se rehusó. Finalmente, le fueron impuestos por el obispo Guillon. Aunque la curia romana ordenó cerrar la iglesia,

dos mil personas acompañaron los restos del obispo galicano al Cementerio de Montparnasse. En Haití, lugar en donde era venerado literalmente por su adhesión a la causa de la negritud y sus publicaciones contra la esclavitud, las campanas redoblaron durante todo un día.

En varios sentidos, fray Servando Teresa de Mier y Henri Grégoire eran almas gemelas: un par de ilustrados, rebeldes a todo lo que fuera totalitarismo (monarquía, imperio, Inquisición). Republicanos fieles a su condición sacerdotal y al voto de pobreza (Grégoire en sus últimas épocas; siempre, en el caso de fray Servando) coincidieron en su capacidad para crear una obra escrita en medio de tribulaciones diversas. Ambos redactarían sus respectivas memorias. [1]

En varios sentidos, fray Servando Teresa de Mier y Henri Grégoire eran almas gemelas.